

José-Álvaro Porto Dapena, *Manual de técnica lexicográfica*. Madrid, Arco/Libros (2002):

La lexicografía teórica española, que ha experimentado un desarrollo notable en los últimos decenios, carecía hasta el momento de una obra de calado en la que se expusiesen pormenorizadamente las técnicas empleadas en la confección de un diccionario. De la voluntad de colmar este enojoso vacío nace la monografía de J.-A. Porto Dapena, quien se propuso poner a disposición de los estudiantes universitarios “un pequeño manual de introducción a las técnicas lexicográficas” (*Introducción*, p. 10). Este modesto objetivo desemboca en un libro sólido y ambicioso, que permitirá al lector no sólo recorrer, de la mano del autor, el sendero que lleva desde el diseño de la planta del diccionario hasta su publicación, sino también reflexionar con él sobre los diferentes problemas teórico-prácticos imbricados en la elaboración de un repertorio lexicográfico.

En el primer capítulo Porto Dapena afronta dos cuestiones esenciales, que atañen a la médula doctrinal de nuestra disciplina: la correcta delimitación del campo de estudio de la lexicografía y la definición del diccionario, objeto de la especulación y el quehacer lexicográfico. Ambas realidades (lexicografía y diccionario) se presuponen y justifican mutuamente: la consagración al estudio, descripción y redacción de los diccionarios dota a la lexicografía de un cometido y unas fronteras propias, en tanto que el diccionario, que surge de la lexicografía práctica, progresa y cambia alimentado por los avances de la lexicografía teórica. Porto Dapena defiende la singularidad de la lexicografía frente a otras disciplinas lingüísticas, como la lexicología, la semántica (con la que mantiene una estrecha relación, pese a sus diferentes metas) o la gramática; la existencia de zonas de contacto no supone menoscabo alguno para la independencia de cada disciplina. La pregunta sobre los rasgos definitorios del diccionario podría parecer en principio inoportuna, cuando no innecesaria: como usuarios de un idioma convivimos con el diccionario (con los distintos tipos de diccionarios) casi desde el

momento en que comenzamos a plantearnos dudas sobre nuestro uso de la lengua. Sin embargo, la definición del diccionario, probablemente debido a la heterogeneidad de los inventarios lexicográficos, es extremadamente compleja; Porto Dapena descubre en la finalidad pedagógico-práctica del diccionario (obra de consulta, al fin y al cabo) y en el estudio atomístico del vocabulario que en él se efectúa dos de las propiedades básicas de este artefacto cultural. A estas características comunes se añaden una serie de elementos que darán lugar a los diferentes tipos de repertorios; nos referimos a los “factores determinantes del diccionario”: la amplitud de las entradas –en su doble vertiente: número y extensión–, el modo de tratar esas entradas, la ordenación aplicada a ellas y el soporte de las informaciones.

La tipología de los inventarios lexicográficos ocupa el segundo capítulo; la propuesta taxonómica de Porto Dapena no se ciñe en exclusiva al panorama de la lexicografía española, sino que tiene vocación de universalidad (por lo tanto, los tipos de diccionarios, teóricos e ideales, se presentan independientemente de su efectiva materialización). El autor dedica un breve apartado a los diccionarios de cosas o no lingüísticos (enciclopedias, diccionarios enciclopédicos y diccionarios terminológicos –cuyo carácter lingüístico, en todo caso, dependerá de la atención prestada al estudio del vocabulario de una ciencia o una técnica–). El autor edifica una completa y personal clasificación de los diccionarios lingüísticos apoyándose en siete criterios: 1) la perspectiva temporal, 2) el volumen y extensión de las entradas, 3) el nivel lingüístico considerado, 4) la microestructura (es decir, el tratamiento de las entradas), 5) la ordenación, 6) la finalidad y el público al que se dirige la obra y 7) el soporte.

Tras estos dos capítulos en los que se sientan las bases teóricas de la disciplina, Porto Dapena se adentra en los entresijos de la confección de los diccionarios. En las siguientes páginas contemplaremos a pie de obra las complejas decisiones que han de tomarse para concluir con éxito el proyecto de elaborar un inventario lexicográfico. La fortuna y la valía de un diccionario depende, en buena medida, de la consistencia de sus cimientos, del rigor y detalle con el que el lexicógrafo haya diseñado el plan (o *planta*) de la obra. Esta es, pues, una etapa definitiva en

la conformación del repertorio, dado que en este momento se determina el marco teórico (lingüístico) que presidirá las laboriosas operaciones implicadas en la redacción del diccionario. Al lado del plan técnico, el proyecto contará con una parte práctica, en la que se hagan constar los recursos económicos, materiales (bibliográficos y lexicográficos) y personal necesarios para llevar a cabo la empresa. La advertencia sobre la necesidad de conjugar las exigencias científicas con las pretensiones de rentabilidad comercial de algunas editoriales resulta aún por desgracia inevitable. En el largo caminar hacia la constitución del diccionario sigue el escalón representado por la formación de un corpus (capítulo 4), fundamento imprescindible de una obra lexicográfica original; en esta sección, Porto Dapena analiza, entre otros asuntos, la selección de las fuentes y las técnicas de recogida de materiales. La tentación de recurrir en primer lugar a fuentes metalingüísticas (en concreto, lexicográficas) y no a fuentes lingüísticas (primarias) puede convertir el diccionario en un burdo remedo de otros repertorios, sin asomo de novedad; la utilización de otros diccionarios, por tanto, requiere una cierta medida y, en cualquier caso, habrá de considerarse un medio auxiliar.

La arquitectura del diccionario protagoniza los capítulos siguientes. Así, el quinto capítulo se consagra a la macroestructura del diccionario (que, en palabras del autor, está “constituida por todas sus entradas dispuestas de acuerdo con un determinado criterio ordenador”, p. 135). Porto Dapena se plantea una de las preguntas clásicas en la reflexión lexicográfica, aunque plena de vigencia e interés: ¿qué tipo de unidades léxicas deben figurar como entradas en el diccionario? Para responder a esta cuestión define con detalle, en primer lugar, los conceptos de entrada y subentrada y, en segundo lugar, estudia desde el punto de vista lexicológico unidades como la palabra, las locuciones, los modismos o los idiotismos. Posteriormente, analiza los criterios que rigen la selección de las entradas (externos o extralingüísticos e internos o lingüísticos), la lematización y los procedimientos de ordenación de entradas y subentradas.

El sexto capítulo se ocupa de la microestructura del diccionario (es decir, del “contenido y organización de un artículo lexicográfico”, p.

182). Porto Dapena disecciona con precisión las partes integrantes del artículo (enunciativa –también denominada *enunciado*, *encabezamiento*, *cabecera* o *rúbrica*– e informativa –*cuerpo* o *desarrollo del artículo*–). En otro subapartado, el autor se enfrenta a uno de los problemas suscitados por el enunciado: es bien sabido que la homonimia y la polisemia sitúan al lexicógrafo (en este caso, al aspirante a lexicógrafo) en una encrucijada, de la que saldrá con la ayuda de los criterios enumerados en estas páginas para discriminar ambos fenómenos. Del mismo modo, Porto Dapena presta atención al contenido del cuerpo del artículo y, especialmente, a aquellos aspectos que se relacionan de un modo más directo con la parte informativa. A continuación, tras fijar los conceptos de *acepción*, *subacepción* y *contexto* o *entorno*, propone una serie de criterios generales para realizar la separación de acepciones, una de las tareas más comprometidas que habrá de efectuar el lexicógrafo, asistido por el frágil auxilio de su intuición o por los hallazgos de otros colegas (con razón opina Porto Dapena que las coincidencias en la indicación de los diferentes significados de una palabra “no se deben normalmente más que a la práctica, también frecuente en lexicografía, de repetir las informaciones, a veces al pie de la letra, tomadas de diccionarios anteriores”, p. 195). Por fin, se exponen los principios que gobiernan la ordenación de las acepciones en los diccionarios.

Las peculiaridades del discurso lexicográfico se estudian en el séptimo capítulo. Insistir en el carácter particular del texto diccionarioístico podría parecer ocioso, pero es oportuno recordar que el diccionario “está formado por un texto especial, de carácter finito o cerrado, consistente en un mensaje producido en una sola dirección, del autor al usuario (sin la posibilidad contraria) y cuya única “anormalidad” –entendida ésta como lo que está fuera del registro lingüístico habitual– es su carácter metalingüístico” (p. 228). Porto Dapena discrepa de J. Rey-Debove y M. Seco en la propuesta, acogida en general con calor en la bibliografía metalexigráfica, de distinguir entre primera metalingüística (*primer enunciado* o *metalingüística de contenido*) y segunda metalingüística (*segundo enunciado* o *metalingüística de signo*), puesto que a su juicio nos hallaríamos en realidad ante “la utilización de la función metalingüística en diversos niveles o instancias del enunciado lexicográfico”.

co” (p. 240). Se ocupa así mismo del rico sistema de marcas contenido en los artículos lexicográficos e incluso sugiere algún cambio de denominación (por ejemplo, prefiere hablar de marcas temporales en lugar de marcas diacrónicas).

Cierran el libro dos capítulos dedicados a la definición lexicográfica, uno de los temas sublimes de la lexicografía teórica y, en no pocos casos, maltratado por la lexicografía práctica, por lo que no resulta extraño que sea “el punto sobre el que se han venido centrando en buena medida las críticas dirigidas al diccionario monolingüe tradicional” (p. 267). Frente a aquellas voces que aceptan la circularidad como un vicio propio de las definiciones de los diccionarios, Porto Dapena defiende que una teoría cabal sobre la definición debe salvar a los repertorios de ese destino inexorable. En el capítulo 8 analiza el concepto de definición, su estructura, los principios que la rigen y, por fin, se demora en el establecimiento de sus tipos. Por último, en el noveno capítulo el autor desciende un peldaño más a la arena de la praxis y muestra cómo se utilizan estos diferentes tipos de definición para cada categoría léxico-gramatical de palabras. La segunda sección de este capítulo se destina al estudio del contorno, así como de dos molestos problemas que velan y transtornan el sistema de definiciones: los círculos viciosos, antes mencionados, y las pistas perdidas.

Dos apéndices (un índice de autores citados y un índice temático, alfabético) completan un manual en el que se armonizan con destreza el tono didáctico y la hondura teórica propios de un reconocido docente e investigador; el lexicógrafo se adivina en la firme y coherente presentación de los grandes temas de nuestra disciplina, en tanto que las preocupaciones del profesor universitario se revelan en los frecuentes ejemplos, cuadros y esquemas que salpican la páginas del libro.

En definitiva, el *Manual de técnica lexicográfica* excede con mucho los humildes propósitos expuestos por su autor en sus páginas liminares. Si disponer de una obra de este cariz era necesario para la metalexicografía española, se podría afirmar que su detenida lectura resulta ahora imprescindible.

*Mar Campos Souto* (Universidad de Santiago de Compostela)